

los años de la represión más desaforada, a llorar a sus víctimas y añorar, con sus mayores, la arcadía perdida entre el fuego y las bayonetas. Fue un prolongado velatorio, de cuya legitimidad nunca llegó a estar del todo persuadida. Por eso, lo que identifica a la nueva narrativa chilena es el escepticismo. El escepticismo o la ambigüedad ideológico-valórica que impide a sus integrantes hacerse cómplices de la barbarie militar (lo cual les impulsa hacia posiciones de denuncia, progresistas), pero les niega a la vez la convicción necesaria para defender un proyecto político desdibujado en la memoria histórica, que ni siquiera recuerdan con precisión, cuya defensa suponía además, hasta hace pocos años, serios riesgos para su integridad física (lo cual les conduce al repliegue y el conservantismo). Son escépticos a pesar suyo, al igual que sus coetáneos de la península ibérica —desencantados de haber nacido para sólo aguardar la muerte de Franco junto a sus mayores— o la nueva hornada de prosistas norteamericanos. Es, quizás, el espíritu de la época, que sus cronistas más jóvenes encarnan; ante el colapso de la Europa del Este, ante la crisis de las utopías del siglo, sólo queda la duda y ante la duda se abstienen, porque el futuro ya no existe y los profetas de toda ralea han sido burlados por los hechos.

En Chile, el escepticismo de la narrativa más reciente surge como consecuencia directa del vuelco histórico de 1973, con el golpe militar, que alcanza en sus efectos a dos generaciones de narradores: la de 1972, forzada al exilio, y la generación actual, los prosistas emergentes, forzados a la orfandad literaria, al silencio y el repliegue, cuando menos en sus años de formación: en ese período que va de 1973 a 1985, año en que despuntan sus primeras obras, en antologías y otras publicaciones.

*Entre el fuego y la niebla.* Pero es ese período de formación inicial, en los años inmediatamente posteriores a la rebelión militar, el que va a delimitar su temática y estrategias narrativas. Y hay varios símbolos o metáforas que condicionan de manera ineludible dicha formación. En fecha relativamente reciente, Mario Osses, miembro destacado de esta generación incipiente de prosistas, ha contribuido a sistematizar tales símbolos en un exhaustivo análisis de la narrativa chilena más reciente: *El cuento en Chile desde 1970*, editado por la Universidad Complutense de Madrid. Es, sin duda, el estudio más completo, y posiblemente el único hasta aquí, de las coordenadas en las cuales aflora la última promoción de narradores, que Osses designa transitoriamente como la «generación de 1987». De su análisis aflora, como eje fundacional de la misma, el sentimiento de orfandad literaria que se apodera de sus miembros tras el golpe, al comprobar que sus antecesores generacionales, los viejos maestros de la generación del 50 y también los «novísimos», han abandonado el país años antes o bien impulsados por los acontecimientos. En el horizonte inmediato, quedan tan sólo la represión de los sectores académicos residuales, el patriotismo machacón del poder militar en los medios de comunicación, la amenaza flagrante a cualquier actividad u opinión disidentes. El fuego, la guillotina y la niebla, son los tres pilares metafóricos que Osses elige, de manera certera, para delinear el entorno germinativo de sus camaradas generacionales. El fuego —el mismo que arrasó el palacio de gobierno—

consume literalmente las publicaciones que el nuevo orden autoritario considera una amenaza para su propia estabilidad. Las hogueras generan, en quienes les contemplan, percepciones acordes a su intensidad abrasadora. «El fuego o su referencia simbólica», precisa el autor de la metáfora, «generó también una actitud. Aparte de encarnar el objetivo de limpieza cultural (esta vez limpieza en su doble acepción: del paisaje urbano y de individuos peligrosos), verificó con su combustión la eliminación purificadora de contenidos culturales desestabilizadores para el nuevo orden [...] y no es preciso recordar, con este motivo, las calles de Santiago iluminadas por inmensas hogueras que exorcizaban al demonio agazapado en libros prohibidos [...] La intensidad de las purgas textuales sentó un precedente arquetípico en la memoria colectiva e hizo evocar la diada hitleriana o contrarreformista de pureza/bastardía [...] Empujados por el entorno de manera refleja —muchos de sus integrantes eran, durante el fuego, adolescentes que vieron en diferido las imágenes televisivas del incendio del palacio presidencial—, y radicalizados durante su período de formación universitaria entre los años 1975 a 1983, la generación de 1987 asume la bastardía, virtualmente eliminada, como condición específica de marginalidad». La guillotina cercena lo que se salva de la hoguera, para reconvertir el material subversivo en papel aún aprovechable, carente, eso sí, de los contenidos abolidos por decreto. La realidad se torna difusa en sus contornos, como un paisaje después de la batalla, envuelto en niebla, ambiguo y amenazante, y eso incluye los principios de convivencia más elementales: el poder recién instaurado elimina selectivamente a sus súbditos, pero les aclara que todo ello es por su bien. La contradicción en los términos que el orden totalitario propone abarca desde luego a sus víctimas. Al decir de Osses, «la violencia dirigida, sistemática y tecnificada ha desgajado [en esas circunstancias] la moral de convivencia. Muchos hombres, destruidos por el ejercicio de coerción, se convirtieron en delatores. Muchos otros se replegaron, ausentándose del entorno. El individuo se disoció drásticamente de la comunidad donde antes había sido altamente participativo. La dimensión unitaria del hombre, tejida por su proyección social inmediata, quedó fragmentada en deseos truncados, ejes temporales diversos, planos reales transpuestos...». Análogo sentimiento de inconclusión aflora en otros integrantes de esta promoción: «Algo quedó truncado, suspendido en el tiempo. Ibamos hacia otra parte, no a este mundo oscuro que se nos imponía a sangre y fuego», nos dicen los ya citados Díaz Eterovic y Muñoz Valenzuela.

*Subterranidad literaria y vocación marginal.* La primera reacción de la nueva camada de narradores es, cuando menos al principio, la de replegarse y clandestinizar su actividad creadora. El asedio contra las publicaciones genera autocensura en los editores supervivientes (que no se arriesgan a perder nuevas ediciones) y una suerte de «subterranidad literaria» en los jóvenes autores. Se sienten, todos ellos, espíritus marginales, a su pesar o bien por vocación propia, también por solidaridad inevitable con los restantes marginados por el nuevo orden militar. Ello determina sus contenidos temáticos, donde predominan la violencia y los personajes entre bambalinas, los

músicos callejeros, las mujeres que aguardan infructuosamente a algún familiar, los torturadores desahuciados, los exhibicionistas de acera. Pero no por ello asume el tratamiento de esos mismos personajes una cualidad «militantista» o panfletaria, porque a su vocación marginal la nueva generación de narradores añade saludablemente el escepticismo ya mencionado, su desconfianza en las verdades absolutas, que su época y coordenadas históricas hicieron saltar por los aires. Buena muestra de ello es la obra de Marco Antonio de la Parra, que ha orientado su quehacer fundamental a la dramaturgia. El espectador español habrá de recordar, quizás, una de sus obras, *La secreta obscenidad de cada día*, representada en Madrid en 1987 en el contexto de un encuentro de artistas y creadores chilenos del interior o bien residentes en España (*Chile vive*). En dicha obra, dos exhibicionistas callejeros confluyen en las afueras de una escuela para disputarse el derecho a lucir sus partes pudendas ante los escolares. Con el correr de la obra, comprobamos que ambos han colaborado previamente en las huestes dictatoriales como torturadores de menor cuantía, pero De la Parra sostiene hasta las últimas consecuencias el afán de no evaluar a sus personajes y brindárnoslos, más bien, en toda su derruida humanidad. En otros autores prevalecen los ambientes universitarios, como es el caso de Carlos Franz, que acaba de lanzar a las librerías chilenas, con buena receptividad de la crítica local, su novela *Santiago Cero*, donde se patentiza, una vez más, en los protagonistas juveniles el escepticismo de toda una generación. Igual cosa acontece en la novela inédita *El homenaje*, del propio Osses, que refiere con gran estilo y prosa depurada la atribulada realización de un cortometraje en los días problemáticos de la represión, desnudando sus efectos sobre las relaciones amorosas o las mejores intenciones de sus protagonistas.

Otro eje temático a señalar es el de la conflictiva relación padre-hijo, que nuclea la acción de al menos dos novelas relevantes dentro de esta promoción: *La última condena*, de Juan Mihovilovic, que ensaya en dicho texto una recreación del universo rural chileno mediante una estrategia narrativa vertiginosa, y *El tesoro de la isla Mariposa*, de Radomiro Spotorno, que adopta deliberadamente el tono exteriorista de una novela de aventuras, siempre con el tema del padre y su sombra como eje articulador del relato, en lo cual se detecta quizás una manifestación del conflicto que toda esta promoción experimenta ante las figuras de autoridad.

*Claridad del estilo.* Un rasgo a destacar en casi todos los nuevos autores es su adhesión implícita a una suerte de pureza formal, a un lenguaje normativo, funcional, alejado de la experimentación que caracteriza al de la «generación novísima». Son autores mesurados, adictos a la narración lineal, convencional, sin altibajos. En la génesis probable de esta tendencia destaca, tal vez, la necesidad colectivamente sentida de rescatar los signos tradicionales que el fuego destruyó, lo cual se traduce, en última instancia, en una suerte de conservatismo formal o literario. Algunos de sus representantes son, en este sentido, auténticos estilistas, como es el caso de Carlos Iturra, cuentista de prosa muy cuidada, quien, extremando su afinidad con el universo borgiano, ha titulado uno de sus volúmenes *Hombre de la esquina rosada y otros*

*cuentos*. Es imposible hacer justicia aquí a todos y cada uno de los jóvenes narradores. Valga decir únicamente que hay otros excelentes cultores del relato breve y la narrativa de largo aliento, como son Antonio Ostornol, Pía Barros, Sonia González, Roberto Rivera, Pablo Azócar, Gonzalo Contreras, Diamela Eltit, Luis Alberto Tamayo y otros de los nombres incluidos en las antologías hasta aquí editadas por el grupo.

*Controversias intrageneracionales.* Surgida en un contexto opresivo, la generación posterior al golpe no es ajena a las disputas y controversias que suelen aflorar en el seno de todo frente generacional en fase embrionaria. En este caso, la escisión fundamental viene dada por la emigración de parte de sus integrantes al extranjero, a finales de los setenta y principios de los ochenta, muchos de ellos hastiados de la inanición cultural a que los condenaba la dictadura en el interior. Es el caso del propio Osses, de Claudio Jaque —hoy de vuelta en el país, tras publicar *Esos pequeños equilibrios*, una magnífica y satírica novela de espionaje, en la filial española de Bruguera, cuando aún existía— o de Luis Sepúlveda, residente hasta hace poco en Alemania, quienes han obtenido premios y consolidado sus primeros pasos editoriales en un medio tan competitivo como el de la Europa Occidental, pese a lo cual sus coetáneos del interior ignoran su actividad. Baste señalar, para ejemplificar sin falsa modestia ese alto grado de competitividad y exigencias, que mi propia novela inaugural, *El infiltrado*, hubo de hacer antesala durante un año y medio en la filial española de Mondadori antes de que esta casa editorial se resolviera a adquirirla y lanzarla al mercado a finales de 1989. Y que tan sólo en España se publican en total unos cincuenta mil títulos al año, cifra que da la medida de lo muy difícil que resulta posicionar y vender uno de esos títulos en el mercado español.

Existe, qué duda cabe, una escisión entre ambos segmentos de la nueva narrativa chilena —los autores del interior y los de fuera— pero su reencuentro en un espacio cívico más habitable puede contribuir a superar esa brecha, merced a la amplitud de miras y la serena maduración de cada proyecto individual que la democratización del país habrá de favorecer. Es lo que ya proponía —esa amplitud de miras— hace algún tiempo Gregory Cohen, joven cuentista y autor teatral integrado a su vez con honores en la nómina de la generación en ciernes: «Ya no se trata solamente de develar la situación misma, la causa de una crisis; se trata además de superar una coyuntura, perfeccionarse, alcanzar madurez en el oficio elegido, ampliando la visión de las cosas, reflexionar permanentemente, y ya no sólo burlarse amargamente de una realidad adversa, inclinarse de forma total o parcial a un tono compasivo, lastimero o didáctico, sino de conjugarlo todo y propender a un tono sempiterno, universal, más allá de las necesarias reconstituciones veristas...».

Es precisamente la idea: ampliar nuestra visión de las cosas, para dejar finalmente atrás toda condición marginal y asumir el protagonismo que nos está señalado.

**Jaime Collyer**



José Balmes:  
*Pintura n.º 4* (1989)